

conciencia pastoral á falsas circunstancias de compromiso. Casi todos ellos se prestaron á las exigencias de Pombal, y aun no faltaron quienes las apoyaron. Los Jesuitas, estupefactos, y rodeados de enemigos inesperados, que la desgracia aglomeraba en derredor de las víctimas, ni aun siquiera alzaban la voz para protestar contra tantos desencadenados furores. Nada hacian; Pombal imaginó un medio para obligarles á escribir. Sátiras las mas virulentas contra la persona real, aparecieron publicadas con el nombre de muchos padres. La medida se habia colmado. Doscientos obispos de todos los puntos del mundo católico, varios cardenales y los tres electores eclesiásticos, ya no pudieron por mas tiempo permanecer mudos espectadores de tamaño oprobio, que constituía á un príncipe *infraganti* de delito de impostura. Todos éstos suplicaron al papa Clemente XIII que vengase á la Compañía de Jesus. Las voz del catolicismo fué oída, y el padre comun de los fieles accedió al general voto de la Iglesia.

A Pombal no le detenian rogativas ni amenazas eclesiásticas. Su despotismo no encontraba resistencia alguna en Portugal, y pensó que siempre tendria tiempo de ejercerle despues de haber consumado su obra de destruccion. Heria de muerte á la Sociedad de Jesus, pero con una mira católica, con la de reformarla y hacerla mas perfecta. El ministro portugues no salia de este terreno. Acusaba á los Jesuitas de cuantos crímenes podia inventar la imaginacion de sus asalariados folletinistas, y al propio tiempo declaraba que su pensamiento no tendia á mas que á volver á los discípulos de San Ignacio á la primitiva pureza de sus reglas. En presencia de las muchas contradicciones que ofrece este gran proceso, uno de los acontecimientos ménos conocidos y mas curiosos del siglo XVIII, Voltaire tiene razon cuando dice (1): "Lo que hubo de mas extraño en su desastre casi universal, fué, que fueron proscriptos en Portugal por haber degenerado de su instituto, y en Francia, por haberse conformado demasadamente á él."

Los bienes y los colegios de la Orden estaban secuestrados, y era preciso apropiárselos, á fin de pagar las complacencias episcopales, distraer al pueblo con fiestas y comprar al ejército. El ministro tenia en prisiones á mas de quinientos Jesuitas, á quienes habia despojado de todo, aun del derecho de llorar sobre las ruinas de sus casas. La piedad en su favor era un crimen que se castigaba con el destierro ó con la muerte. En el Brasil y en el Marañon los perseguian sus agentes con un encarnizamiento inaudito; les arrancaban de sus salvages, y los hacinaban, sin recursos ni provisiones, en el primer barco que encontraban se hiciese á la vela para la metrópoli. Todos estos Jesuitas, que

[1] *Œuvres de Voltaire, Siecle de Louis XII*, tomo pág. 354.

ignoraban de todo punto la acusacion que agradaria al gobierno que pesase sobre ellos, llegaban á Lisboa, se les amontonaba en las prisiones, y despues se les abandonaba entre dos filas de soldados, quienes, en lo general, ménos crueles que la autoridad, partian su pan con ellos.

Tan violenta situacion no podia ser duradera. El 20 de Abril de 1759, Pombal remitió al papa una carta de José I, que anunciaba la intencion de arrojar de sus estados á todos los miembros de la Compañía de Jesus. No respondiéndole Clemente XIII tan pronto á sus deseos, el mismo ministro le previno. Clemente XIII no prestaba su apoyo á las iniquidades de Pombal; y éste, á fin de engañar al rey, hacia fabricar en Roma, por Almada, su embajador en aquella corte, un breve falso que aprobaba sus proyectos, determinaba el uso que debia hacerse de los bienes de la Sociedad, y autorizaba para castigar con la muerte á los culpables. Este breve, tan audazmente supuesto, entretenia á la Europa en sus malas disposiciones contra los padres portugueses, colocando á los Jesuitas de otros paises en la imposibilidad de defenderse. Pombal se apresuró á sacar provecho de estas impresiones. Sabia que el soberano pontífice se aterraba con sus amenazas de cisma, y que, por mantener la paz de la Iglesia, haria cuantas concesiones fuesen compatibles con la dignidad de la Santa Sede. El verdadero breve no era tan esplicito como aquel de que Pombal se habia forjado un arma: el papa descendia hasta la súplica para vencer la injusta obstinacion del rey y de su ministro. Pombal se indignó al ver disputada por el vicario de Jesucristo la presa que tanto anhelaba, y creyó suscitar entre ambas cortes un conflicto diplomático. Acciajuoli, nuncio en Portugal, creyendo desde luego que las cosas no se llevarian tan adelante, habia favorecido los planes oficiales; pero cuando conoció su tendencia, se negó á asociarse á ellos. Pombal lo puso todo por obra para hacerle imposible su permanencia en Lisboa. Clemente XIII y el cardenal Torregiani, su secretario de estado, no querian proscribir á los Jesuitas, por el eterno principio de equidad que no permite sean confundidos los inocentes con los culpables. Pombal se imaginó que esta negativa equivalia á una declaracion de guerra, y la hizo á su manera. Los Jesuitas Malagrida, Henriquez, Mattos, Moreira y Alejandro, fueron condenados á ser descuartizados vivos, como cómplices del duque de Aveiro y de los marqueses de Tavora. El 31 de Julio es la fiesta de S. Ignacio de Loyola, y Pombal escogió este aniversario, tan querido para los discípulos del instituto, para expedir una sentencia que no tuvo publicidad ni ejecucion, pero que debia exasperarlos, ó al ménos consternarlos.

Hay en esto una circunstancia que la historia no debe olvidar. Los Jesuitas, se decia, tienen medios secretos para deshacerse de

sus enemigos; no retroceden ante ningun peligro; aconsejan el regicidio, le absuelven, y cuando no saben el modo de conseguir el triunfo de sus ambiciosos proyectos, el hierro ó el veneno vienen en su ayuda. Hasta aquel dia en que Pombal se encarnizó contra su instituto, los Jesuitas, tantas veces acusados de legitimar los medios, jamas habian recurrido al asesinato. Esta especie de tribunal secreto, cuya existencia se reveló con tanta énfasis, no ha sido mas que una fábula arrojada para alimento de credulidades imbéciles. Jamas encontraron los Jesuitas fanáticos en sus partidarios ó en sus novicios; pero sí, como afirmaba el ministro portugueses, la vida de los hombres era tan poca cosa á sus ojos cuando peligraba el interes de la Orden, es preciso convenir en que, en 1759, los Jesuitas dejaron escapar la ocasion mas urgente de aplicar su sanguinario principio. Un hombre solo quebraba el pasado y porvenir de la Sociedad. En la situacion de los espíritus, su ejemplo podia contagiarse á otros. Pombal no se detenía por escrúpulos; tenía hábiles falsarios en Roma, en Paris y en Lisboa, y juntamente imprentas clandestinas pagadas por él para desfigurar los escritos originales y estender por el mundo los folletos que dirigía contra los Jesuitas, y las respuestas que suplantaba por cuenta de aquellos. Ponia en tortura los hechos mas sencillos para extraer de ellos una acusacion. Con el oro de Portugal sembraba el odio al nombre de Jesuitas, abusaba de la debilidad de su rey, desafiaba á la silla Apostólica y llevaba su mano sacrilega hasta el arca santa del instituto. Sabia encontrar magistrados que los acusasen sin discusion, y que los condenasen sin exámen. Arrancábaseles de su patria, se les anunciaba que perecerian todos en un *auto de fe*, ó que se les arrojaria como contagiados al interior de una isla desierta. Hallábanse todos reunidos, con la esperanza próxima de la muerte ó de la proscripcion. Pero aun no lo habian perdido todo; les quedaban amigos, y podian evocar vengadores. En un caso desesperado, estos religiosos, tan hábilmente vengativos, y tan bien preparados á los escésos del fanatismo, podian herir á Pombal entre las sombras. Nada les era mas fácil. De los quinientos sacerdotes que se decia estar ligados los unos con los otros por medio de terribles juramentos, ni uno solo concibió la idea de semejante expiacion. El ministro les imputaba que tenían como gérmen el pensamiento de todas las maldades, y el ministro vivía, sirviendo su existencia de la mas evidente demostracion de sus imposturas (1). Si hubo necesidad de alguna muerte para pre-

[1] La énfasis de Pombal, su crueldad y sus injusticias, que mas tarde debia repetir en parte el duque de Choiseul, inspiraban á este último un sentimiento de frio desprecio. Repetidas veces se oía al ministro frances decir al príncipe de Kaunitz hablando del ministro portugueses: "¡Este caballero tiene

servar á la Orden de Jesus de cualquier desastre, fué seguramente la de Pombal; y este hombre, en medio de las combinaciones de su audacia, jamas creyó que sus dias corriesen el menor peligro. Conocía mucho mejor á los padres que lo que daba á entender. Los calumniaba en público; pero en privado, ni aun se dignaba tomar aquellas precauciones con que la tiranía se resguarda mas en la apariencia que por su propia seguridad. Pombal sobrevivió veintitres años á la destruccion de la Orden, y jamas encontró ni obstáculos ni barreras que previniesen sus designios, ó le hiciesen expiar el buen éxito de su complot. Este argumento en accion debe pesar mas en la balanza de la historia, que tantas teorías de regicidio, que nadie ha justificado hasta el dia. Los Jesuitas no acabaron con la persona que les hizo el mayor de todos los males, teniendo á merced suya su existencia. ¿Es creíble suponerles tan demasiado inconsecuentes, para crear, contra los reyes que les protegían y amaban, un sistema de exterminio, y que no osasen aplicarle con enemigos encarnizados, cuya muerte no llevaba consigo ni peligros ni desórdenes?

Pombal, que reinaba sobre José I, infundiéndole miedo con los discípulos de San Ignacio, no concebía por su vida el menor recelo personal. Se mofaba de sus víctimas con una fria crueldad, que provocaba la venganza; y ésta, sin embargo, no aparecía. El so-

siempre un Jesuita montado en sus narices?" Este chiste, que se puede aplicar á todos los Pombal del mundo, no le corrigió en su manía de ver y tocar por todas partes Jesuitas. Los habia arrojado del reino Fidelísimo, estaban ademas proscritos en Francia y en España; y todo el mundo parlamentario, jansenístico y filosófico, se ligaba contra ellos. No obstante, desde el fondo de su palacio de Nuestra Señora de Ayuda, sueña Pombal que los Jesuitas son mas poderosos que nunca, y con fecha de 20 de Enero de 1767, dirige al conde de Acunha, ministro de negocios estrangeros en Lisboa, una comunicacion oficial, de la que extractamos este pasage: "Muchos hechos tan ciertos como notorios han probado á su Magestad, que los Jesuitas están en inteligencia con los ingleses, á quienes se sabe han prometido introducir en cuantos dominios posean el Portugal y la España pasado el sud de la línea, contribuyendo á este proyecto con todas sus fuerzas, y empleando todas sus tramas, que consisten casi siempre en sembrar el fanatismo para engañar á los pueblos con su esterior hipócrita, y sublevarlos contra sus legítimos soberanos, bajo el pretexto de religion, y afectando motivos puramente espirituales. Lo que pueden emprender los ingleses de comun acuerdo con los Jesuitas, se reduce á los dos casos siguientes: primero, los ingleses suministrarán á los Jesuitas tropas, armas, y municiones de boca y guerra; segundo, ocultarán los brazos de donde han de salir los tiros, disfrazando á los militares con la sotana jesuítica, como ya han hecho varias veces, y la corte de Lóndres dirá entónces que todo ello no es mas que efecto del inmenso poder de los Jesuitas."

Solo el ridículo es la contestacion que merecen semejantes aserciones. Citamos solamente esta carta de Pombal, que con todo cuidado se conserva en el quinceno registro de las órdenes y decretos desde el 1763 al 1763, para demostrar hasta qué punto puede alucinar la pasion contra los Jesuitas á algunos entendimientos que padecen la enfermedad del miedo.

berano pontífice no cesaba de suplicar al rey que fuese justo, así con los inocentes como con los verdaderamente culpables. Pombal respondía á estos ruegos con proscipciones en masa. El papa, por afecto á los Jesuitas, hacia toda clase de concesiones, y el ministro se burlaba de su debilidad. La Santa Sede trataba con él como de potencia á potencia. El papa hubiera tenido valor para morir; pero, creyendo que la condescendencia atenuaría una cólera mal fundada, se esforzaba por calmar la irritación. Pombal afectó tanta mas violencia, cuanto que se creyó á sus propios ojos un objeto de la animadversion general. Los temores de los demas hicieron que el ministro se asegurase en su camino. Amenazaba, y se humillaban en su presencia; y entónces heria con la seguridad anticipada de que el perdon iba anexo á la mas insignificante concesion, ó al remordimiento ménos comprometido.

El papa amaba á los Jesuitas; y el ministro, que hasta el 19 de Setiembre de 1759 permaneció irresoluto sobre las medidas definitivas que adoptaría contra ellos, se decidió por fin á arrojarlos sobre las playas romanas.

Al traves de cuantos sufrimientos pudo suscitar un carácter como el de Pombal, llegó el primer convoy á la embocadura del Tajo, donde le aguardaba un navío de comercio, sin provisiones y sin capacidad para recibir tan escesivo número de pasajeros. El pan y el agua faltaban, pero las ondas no secundaron el proyecto del ministro. El barco se veia obligado á abandonar las costas de España, y los vientos contrarios le impulsaron sobre las de Italia. Por todas partes se alzó un grito unánime de generosa compasion en favor de estos proscriptos, que bendecian la mano que los heria. La caridad hizo renacer la abundancia en el buque, y volvió á los desterrados la energía que tanto necesitaban. El 24 de Octubre de 1759 desembarcaron en Civita-Vecchia en número de ciento treinta y tres. En todos los puntos donde el navío se veia precisado á hacer escala, fueron los Jesuitas recibidos con respeto; en Civita-Vecchia fueron saludados con admiracion. Los magistrados se creyeron honrados en prodigar todos los cuidados imaginables á unos sacerdotes que rogaban por sus perseguidores. Las corporaciones religiosas les ofrecieron una hospitalidad fraternal; pero el acogimiento de los dominicos tuvo un grado mas de cordialidad. Proclamábaseles como émulos de la Compañía de Jesus. Su rivalidad efectivamente se mostraba en las lides teológicas y en las misiones; pero esta rivalidad era inspirada, mas por la conciencia y el talento, que por la bajeza de la envidia.

Hubo tal unanimidad en el recibimiento hecho á estos primeros desterrados, nuncios de nuevas tempestades, que los habitantes

de Civita-Vecchia quisieron dejar perpetuados sobre el mármol, en la iglesia del convento de dominicos, la pasagera estancia de los Jesuitas en su suelo. Los mismos dominicanos erigieron un monumento para perpetuar esta alianza contraída en vísperas de los desastres. Otros navios, cargados de padres de la Compañía, salieron en diferentes épocas para los estados eclesiásticos. El papa era su defensor, y Pombal, al notar en la ciudad de Roma esa multitud de desterrados, esperaba que se arrepintiese de su justicia y de su piedad (1).

Miéntas que el destierro ó la cautividad pesaban sobre los profesos de la Orden, el cardenal Saldanha se abrogaba la facultad de dispensar sus votos á los jóvenes Jesuitas. La educacion pública estaba comprometida en sus obras vivas; el ministro y el patriarca hicieron lo posible por provocar defecciones para no encontrarse burlados. Apelaron á las instancias y cariño de las familias, á las amenazas de la autoridad, y á las seducciones de la patria y de la fortuna. Algunos de estos novicios se dejaron seducir; pero sus apostasias fueron objeto de la animadversion general. El pueblo y los soldados que se hallaban de guardia en las casas y colegios, despidieron con silbidos á unos hombres á quienes intimidaba lo inminente del peligro, y que comenzaban su carrera con un acto de cobardía. El mayor número resistió á los halagos y á las amenazas. Hubo en Evora, en Braganza y en Coimbra, sobre todo, grandes luchas en las que la franqueza de la juventud dejó muy atras á la de la edad madura. Un pariente de Pombal, el P. José de Carvalho, se puso á la cabeza del movimiento generoso que impedia á los Jesuitas no profesos

[1] La inscripcion de los padres predicadores está concebida en estos términos:

D. O. M.
 Lusitanis Patribus Societatis Jesu,
 ob gravissimas apud Regem calumnias,
 post próbrosas notas,
 multiplices cruciatus,
 bonorum publicationem,
 ad Italiae oram amandatis;
 terra marique
 integritate, patientia, constancia,
 probatissimis,
 in hac Sancti Dominici aede exceptis,
 anno M.DCC.LIX,
 Patres Prædicatores
 Christianæ fidei incremento et tutelæ
 ex instituto intenti,
 ipsique Societati Jesu
 ex majorum suorum decretis
 exemplisque devinctissimi,
 ponendum curarunt.

á seguir la suerte de sus maestros en el instituto. Todos estos se sostuvieron con tal valor en su resolucion, que los agentes de Saldanha, dándose por vencidos, los metieron en un calabozo. Lo que pasaba en la metrópoli se veia simultáneamente en todos los demas puntos de la mision. Entre los cafres, en el Brasil, en las costas del Malabar y en las de Salsetta, en todas las partes, en fin, donde los Jesuitas habian fertilizado el desierto, fueron arrancados de sus trabajos civilizadores. A todos se les reunió en Goa, donde la rapiña de Pombal comenzaba el sacrilego despojo del sepulcro del S. Francisco Javier; y despues de haberlos hacinado en algunas galeotas, se les dejó errantes en la estension de los mares.

La Orden de Jesus no existia ya en Portugal; el ministro proseguia su obra, y buscaba con sus incesantes ataques contra la Santa Sede, la realizacion de su quimera de la Iglesia nacional. El cisma estaba en sus esperanzas; y estudiando las doctrinas de Fra Paolo y de Giannone, ensayó introducirlo en las costumbres del pueblo. En éste encontró obstáculos, ante los cuales su invencible tenacidad se vió obligada á retroceder. Pombal tenia á su disposicion magistrados complacientes, obispos sumisos hasta la bajeza, que le iban arreglando un culto á su gusto, y que trazaban, segun sus deseos, los límites de lo espiritual y temporal; pero no son suficientes algunos jurisconsultos ó sacerdotes cortesanos para cambiar una religion. El pueblo era católico, y repudiaba con tanta energia todo lo que atentaba á su antigua fe, que el ministro se apercibió por último de la inutilidad de sus tentativas. No obstante, sirviéndole éstas de contrapeso en Roma, perseveró en sus amenazas. Roma, que en favor suyo llevaba la condescendencia hasta la debilidad, acogia en los estados pontificios á los Jesuitas expulsados de Portugal. Los desterrados, tanto en el litoral del Mediterráneo, como en las ciudades marítimas de España, fueron saludados como mártires. Este homenaje inquietaba las orgullosas susceptibilidades de Pombal; los príncipes y los católicos tenian entonces de este hombre la opinion que un escritor protestante debia espresar mas tarde.

“Las consecuencias de esta destruccion, buenas ó malas, dice Schœl (1), son extrañas para nosotros. Como simples historiadores contarémos los hechos en la parte que concierna al Portugal, y si bien es verdad que estos mismos hechos han sido envueltos en tinieblas, y que mas de una vez es imposible, al traves de ellos, llegar á descubrir la verdad, tambien lo es que á pesar de tan espesas sombras, se vislumbra una claridad, y es, que las acusaciones que Carvalho ha podido hacer á éstos padres, se reducen á muy

(1) Cours d'histoire des Etats européens, tomo 39, pág. 50.

poca cosa. El ministro ha usado mas veces de las armas de la mala fe, de la calumnia y de la exageracion, que de las de la lealtad y de la justicia.”

Pombal sembraba el oro y las promesas para multiplicar sus cómplices, y como era de esperar, los encontró en el reino Fidelísimo, y aun en los estados pontificios. El comendador d' Almada Mendoza, ministro de Lisboa en la corte de Roma, llegó á ser, como todos los diplomáticos ambiciosos, un ardiente enemigo de los Jesuitas. El fué quien se encargó de imprimir contra ellos los folletos de la oficina de Pombal. Un librero llamado Nicolas Pagliarini vivia entonces en Roma. Semejante á esos aventureros de profesion que venden el vicio, el error ó la mentira como otra cualquier mercancía, y que hacen alarde de ser venales para prosperar mas fácilmente, Pagliarini era infatigable, ambicioso é intrigante. Almada le escogió para su agente de publicidad. Tenemos en nuestro poder tanto la correspondencia como los manuscritos de este librero, y en una de sus memorias autógrafas, dirigida el 12 de Marzo de 1788 á la reina Doña María, se encuentra la clave de las intrigas empleadas en Portugal. Hé aquí este documento que presentamos traducido del mismo original:

“Habiendo recibido su excelencia D. Francisco d' Almada en 1757, órden de la corte para hacer imprimir la *Relacion abreviada de los hechos de los Jesuitas en América*, para presentarla al papa Benedicto XIV y á los cardenales, y no habiendo podido obtener permiso para hacer la impresion en Roma, el cardenal Alberico Archinto, secretario de estado, le sugirió la idea, no solo de imprimirla fuera de los estados del papa, sino que le insinuó ademas que para el efecto podria servirse de Nicolas Pagliarini, á quien, teniendo corresponsales en Toscana, le seria muy fácil emplearse con toda exactitud y presteza en obsequio de la corte de S. M. Fidelísima. A consecuencia de esto, Pagliarini fué enviado por el secretario de estado á Mr. de Almada, quien, por medio de su secretario el hermano Antonio Rodriguez, le entregó el manuscrito, que en quince dias fué devuelto desde Luca. Varios ejemplares de él se distribuyeron al papa y á los cardenales, y poco despues apareció el famoso breve de reforma dirigido al cardenal Saldanha. Benedicto XIV murió el 3 de Mayo de 1758, y durante el cónclave vino de Lisboa la noticia de este breve que Pagliarini imprimió de órden del embajador Almada. Clemente XIII fué creado papa, y en el mismo momento el general de los Jesuitas le presentó un memorial pidiéndole que el breve se retirase. Habiéndose hecho Almada con una copia de este memorial, pensó en refutarle; pero recordando las dificultades que habia tenido que superar en tiempo de Benedicto XIV para imprimir la *Relacion abreviada*, el citado hermano Antonio, su secretario, se agregó con Nicolas Pagliarini para en

contrar medios de imprimir clandestinamente cuanto pudiese secundar las miras de S. M. Fidelísima. Se convino en establecer una pequeña imprenta en el palacio del embajador, como lo habian hecho los de España y Francia en sus residencias. Su ejemplo fué el que inspiró á Pagliarini el pensamiento de crear esa imprenta; y su deseo se llevó á cabo con tanto secreto y circunspeccion, que nadie llegó á traslucir la menor cosa. Cuando en respuesta al memorial citado debian aparecer las célebres *Reflexiones* compuestas por monseñor Juan Bottari, por una minuta de ellas que tenia el secretario Antonio Rodriguez, fueron al punto impresas y distribuidas en Roma por medio del correo de Génova, con tanta reserva, que tanto los Jesuitas como el cardenal Torregiani, creyeron que este libro se habia impreso en Génova, de lo cual se quejaron al senado de la república. Viendo el aplauso universal con que habian sido recibidas las *Reflexiones*, el P. Urbano Tosseti (de las escuelas pias) quiso componer el Apéndice, y el mismo monseñor Bottari hizo la *Crítica*.

“De la misma imprenta salió cuanto la corte queria que se publicase en Roma, que no fué poco, y todo interesante. Todo ello se ejecutó bajo el cuidado é inspeccion de Pagliarini, sin que éste recibiese por ello la menor recompensa; y lejos de tomar del embajador la mas pequeña suma por haber dirigido continuamente la impresion de dichas obras, no ha obtenido por esto ni aun el reembolso de los gastos que ha hecho. No era posible ocultar por mas tiempo á la vigilancia de los Jesuitas y de Torregiani el secreto de nuestra imprenta, y era suficiente para descubrirle el ver á Pagliarini ir diariamente al palacio del embajador, y permanecer allí muchas horas. Llegó, pues, á ser este hombre su punto de observacion, y fué destinado á ser la víctima de su furor. Pagliarini pidió al ministro una patente para su defensa; pero en lugar de patente le dió una especie de título por el cual se le encargaba el arreglo de los archivos reales; pero los jueces no hicieron cuenta de esto en el proceso que habian formado. Habiendo á esta sazón sobrevenido en 1760 el rompimiento entre la corte Fidelísima y el ministerio romano, el embajador Almada salió de Roma, y Pagliarini, que quedaba abandonado al resentimiento de los Jesuitas y del secretario de estado Torregiani, fué recomendado por el dicho embajador al cardenal Neri Corsini, protector de la corona de Portugal; pero esta recomendacion no impidió para que el desdichado Pagliarini fuese arrestado en la noche del 11 de Diciembre de 1760, y quedase preso en las *Cárceles-Nuevas*, para permanecer en ellas hasta el 14 de Noviembre de 1761.

“Es imposible describir el rigor empleado en el *Perquiratur* que la justicia hizo en su casa. Los comisionados, despues de haber buscado por largo tiempo el objeto de sus pesquisas, no encontra-

ron en su almacen, provisto de libros de muchas clases, una sola hoja que pudiese servir de cargo para una acusacion. Basta leer los dos *alegatos* impresos que llevan la firme del abogado Gaetano Centomani, pero redactados por su amigo el abate Nicolas Rossi, secretario de la casa de Corsini, para ver con qué valor y nobleza sostuvo Pagliarini en cuantos interrogatorios tuvo que sufrir, la dignidad de la corte de Portugal, y cómo conservó el secreto que tanto se le habia encomendado, no revelando jamas los autores de los susodichos escritos, que eran el único objeto de las investigaciones de los Jesuitas y de Torregiani, para emplear contra ellos la venganza mas atroz. En vano los magistrados tentaron á Pagliarini con promesas seductoras, ofreciéndole volverle á su casa, si manifestaba los autores de los impresos citados, pues nada contrarrestó su firmeza.

“Despues de un año de prision, se falló el proceso de Pagliarini, y con escándalo universal de los hombres de bien, por el voto de monseñor Braschi, hoy dia Pio VI, se dió la sentencia que condenaba á Pagliarini á siete años de galeras, si bien cuatro de sus gefes le declararon inocente. Empero, Clemente XIII, á pesar de sus prevenciones, no se llegó á persuadir de la justicia de la sentencia, y el sábado siguiente absolvió completamente á Pagliarini, y le concedió la libertad sin ninguna condicion ni restriccion.

“Desde el 15 de Noviembre de 1761 permaneció Pagliarini en Roma obsequiado por todos, y principalmente por el ministro de España, Don Manuel de Roda, hasta el 7 de Febrero de 1762, que S. M. Fidelísima José I, por decreto enviado con un expreso á D. Ayres de Sa, su embajador en Nápoles, le hizo llamar á esta corte por el marques de Tanucci en nombre de S. M. Siciliana. Llegado allí, le fueron comunicadas las gracias que el rey Fidelísimo le habia concedido en recompensa de los servicios prestados á su corona. Se le declaraba caballero Fidalgo de su casa; secretario de embajada, con la pension vitalicia de 100.000 reis mensuales; con un donativo ademas de 12.000 cruzados, para los gastos mas urgentes que exigiese su nueva posicion, y con órden al embajador de que le diera habitacion en su casa y le tratase como fidalgo portugues. Pagliarini siguió en Nápoles desde el mes de Febrero de 1762 hasta el de Noviembre de 1763, en el que declarada la paz, M. Ayres fué trasladado como embajador á Madrid. El marques de Tanucci instó á Ayres para que Pagliarini quedase en Nápoles de encargado de negocios; pero habiendo el ministro escrito sobre este particular al conde de Oyeras, éste le respondió que deseando el rey conocer personalmente á Pagliarini, se veia precisado á llevarle consigo á Lisboa. Con efecto, Pagliarini partió con M. Ayres para Turin, donde fué recibido de una manera especial por el rey de Cerdeña y por el duque de Saboya, de quien era muy